

¿Por qué debemos estudiar la Revolución rusa?

Conferencia pronunciada en el acto de presentación de la Comissió del Centenari de la Revolució russa (Universitat de Barcelona, 23 febrero 2015)

Josep Fontana

(Traducción de Jordi Domènech)

Hay diversas razones que hacen necesario que estudiemos de nuevo la historia de la Revolución rusa. La primera de ellas es que es indispensable para dar sentido a la historia global del siglo XX. Una historia que tal como podemos examinarla actualmente, desde la perspectiva de los primeros años del siglo XXI, nos muestra un enigma difícil de explicar.

Si utilizamos un indicador de la evolución social como el de la medida de las desigualdades en la riqueza, observamos que el siglo XX comienza en sus primeras décadas con unas sociedades muy desiguales, en que la riqueza y los ingresos se acumulan en un reducido tramo de la población. Esta situación empieza a cambiar en los años 30 y más espectacularmente en los años 40, que inician una época con un reparto mucho más equitativo de la riqueza y los ingresos. Una situación que se mantiene estable hasta en torno a 1980: es la época feliz en que se desarrolla en buena parte del mundo el Estado del bienestar, una época de elevados salarios y mejora de los niveles de vida de los trabajadores, y en que un presidente norteamericano se propone incluso iniciar un programa de guerra contra la pobreza.

Todo esto se acabó en los años 80, a partir de los cuales vuelven a crecer los índices de desigualdad, que superan a los de inicios de siglo, hasta llegar a un punto que ha llevado a Credit Suisse a denunciar hace pocos meses que el 70 % más pobre de la población del planeta no llega hoy a poseer en conjunto ni el 3 % de la riqueza total, mientras que el 8,6 % de los más ricos acumula el 85 % de la riqueza.

¿Qué ha ocurrido que explique esta evolución? Thomas Piketty sostiene que la desigualdad ha sido una característica permanente de la historia humana. Leo sus propias palabras: "En todas las sociedades y en todas las épocas la mitad de la población más pobre en patrimonio no posee casi nada (generalmente apenas un 5 % del patrimonio total), y la décima parte superior de la jerarquía de los patrimonios posee una neta mayor parte

del total (por lo general más de un 60 % del patrimonio total, y en ocasiones hasta un 90 %)."

La desigualdad de los patrimonios, que se traduce en desigualdad de los ingresos, según Piketty marca el curso entero de la historia, en la cual las tasas de crecimiento de la población y de la producción por lo general no han pasado del 1 % anual, mientras que el "rendimiento puro" del capital se ha mantenido entre el 4 % y el 5 %. Estas consideraciones llevan a Piketty a una interpretación que formula de manera rotunda: "Durante una parte esencial de la historia de la humanidad, el hecho más importante es que la tasa de rendimiento del capital ha sido siempre por lo menos entre diez a veinte veces superior a la tasa de crecimiento de la producción y de los ingresos. En esto se ha basado, en gran medida, el fundamento mismo de la sociedad: ha sido lo que ha permitido a una clase de poseedores consagrarse a algo más que a su propia subsistencia." Que es tanto como decir que la civilización, la ciencia y el arte son hijos de la desigualdad.

Después, en el siglo XX, llegó una etapa en que las reglas de juego parecieron cambiar, sobre todo, sostiene Piketty, como consecuencia de la destrucción causada por las dos guerras mundiales y por las conmociones sociales, que desembocaron en aquel mínimo de desigualdad que se produjo entre 1945 y 1980. Pero la normalidad se restableció a partir de los años 80, hasta llegar a la extrema desigualdad actual. De este hecho Piketty extrae el pronóstico de que en el transcurso del siglo XXI, es decir hasta 2100, el crecimiento de la producción será apenas un 1,5 % y nos encontraremos en una situación en que la superioridad de los rendimientos del capital volverá a ser como antes y se habrá restablecido la normalidad. Todo lo cual acaba con una conclusión pesimista: "No hay ninguna fuerza natural que necesariamente reduzca la importancia del capital y de los ingresos procedentes de la propiedad del capital a lo largo de la historia."

Ahora bien, yo he vivido en esta época anterior a 1980 en la que éramos muchos, incluso diría que muchos millones en todo el mundo, quienes pensábamos que las reglas de juego estaban cambiando de manera permanente en favor de un reparto más justo de la riqueza, y que valía la pena esforzarse para seguir avanzando en esta dirección. Es por esto que personalmente me niego a aceptar que lo ocurrido en aquel medio siglo de mejora colectiva fuera simplemente un accidente, y pienso que es necesario examinar más de cerca los acontecimientos del período que va de 1914 a 1980, introduciendo en el análisis los factores políticos que están por completo ausentes en el libro de Piketty, en el que, por poner un ejemplo, la palabra "sindicatos" aparece una sola vez (en la página 471 de la edición original francesa).

Esta otra clase de exploración de la evolución de la desigualdad en el siglo XX, en clave política, ha de empezar forzosamente por el gran cambio que representó la Revolución rusa de 1917. ¿Por qué digo "gran cambio"? En 1917 había una larga tradición de luchas obreras encaminadas a mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, y existía una amplia tradición en apoyo del "socialismo", por más que sólo llegaría a cuajar un intento

de aplicarlo a la realidad, el de la Commune de París de 1871, que duró poco más de dos meses y nos dejó como legado un himno, *La Internacional*, que anunciaba que "el mundo cambiará de base".

Pero lo cierto es que desde finales del siglo XIX, tanto la lucha de los sindicatos como la actuación política de los partidos denominados socialistas o socialdemócratas, había renunciado a los programas revolucionarios para dedicarse a la pugna por la mejora de los derechos sociales dentro de los marcos políticos existentes, con voluntad de reformarlos, pero no de derribarlos. El caso del SPD alemán, el partido socialdemócrata que podía considerarse como legítimo heredero de Marx y Engels, es revelador. En los años anteriores al inicio de la I Guerra Mundial era el partido con más diputados en el parlamento alemán, contaba con más de un millón de afiliados y un centenar de periódicos, pero no se proponía la revolución, sino que aspiraba a obtener un triunfo parlamentario que le permitiera reformar y democratizar el Estado. De manera que cuando se produjo la declaración de guerra, los socialistas votaron los créditos y procuraron mantener la paz social, aconsejando a los trabajadores que mientras durase la guerra dejaran de lado las huelgas y los conflictos.

Situados en esta perspectiva, no es difícil entender que lo que sucedió en Rusia en el transcurso de 1917 significara una ruptura, un paso adelante inesperado, que mostraba que un movimiento surgido desde abajo, de la revuelta de los trabajadores y soldados, podía llegar a hacerse con el control de un país y que funcionase de acuerdo con unas reglas nuevas. Porque lo más innovador de este movimiento fue que desde los primeros momentos, desde febrero —o marzo, según nuestro calendario— de 1917, no actuaba sólo a partir de un parlamento, sino que se basaba en un doble poder, una parte esencial del cual estaba formado por los consejos de trabajadores, soldados y campesinos, que empezaron entonces a construir una especie de contra-Estado.

Añadamos a ello que el proceso se aceleró rápidamente, sobre todo por iniciativa de Lenin, que propuso renunciar al programa de una asamblea constituyente (es decir, al sistema parlamentario burgués donde todo contribuía, según decía, a establecer "una democracia sólo para los ricos") y pasar directamente a otra forma de organización en que el poder había de estar en manos de consejos elegidos desde abajo, con una etapa transitoria de dictadura del proletariado (porque no cabía prever que los privilegiados del viejo sistema aceptaran su desposesión sin resistencias), la cual llevaría finalmente a establecer una sociedad sin Estado y sin clases.

Para los millones de europeos que en 1917 combatían en los campos de batalla, y que habían descubierto ya que aquella guerra no se hacía en defensa de sus intereses, la imagen de lo que ocurría en Rusia era la de un régimen que había liquidado la guerra de inmediato, había repartido la tierra a los campesinos, otorgaba a los obreros derechos de control sobre las empresas, y entregaba el poder a consejos elegidos que habían de ejercer dicho poder de abajo arriba.

El nuevo emperador de Austria-Hungría, Carlos I, escribía al káiser el 14 de abril de 1917: "Luchamos ahora contra un nuevo enemigo, más peligroso que las potencias de la Entente: contra la revolución internacional." Carlos —que, por cierto, fue beatificado en 2004 por el papa Wojtyła— supo entender la diferencia de lo que ocurría en Rusia: se había dado cuenta de que aquel era un enemigo "nuevo", que no había que confundir con las revueltas, manifestaciones y huelgas que se habían producido, y seguían produciéndose entonces, en Austria y Alemania.

Porque es cierto que en ambos países se estaban produciendo tantos movimientos de protesta que despertaron en los bolcheviques rusos la ilusión, totalmente equivocada, de que la revolución podía extenderse fácilmente a Europa central. No llegó a haber ninguna revolución, ni siquiera en Alemania, que era donde parecía más inminente. Pero el temor de que pudiera producirse fue lo que explica que a comienzos de 1918 los jefes militares alemanes decidieran que habían de acabar la guerra para destinar las fuerzas a aplastar la revolución. Fueron los militares quienes ante la necesidad de satisfacer las exigencias del presidente norteamericano Wilson para negociar la paz, destituyeron al emperador y optaron por entregar el poder a un gobierno integrado por socialistas, con la condición, pactada previamente entre los jefes del ejército y el del Partido Socialdemócrata, Friedrich Ebert, de que "el gobierno cooperará con el cuerpo de oficiales en la supresión del bolchevismo".

Los temores de los militares tenían bastante fundamento, ya que parecía que si en algún lugar podía repetirse la experiencia soviética era en la Alemania de noviembre y diciembre de 1918, cuando en Baviera y en Sajonia se proclamaban "repúblicas socialistas", y en Berlín se reunía un congreso de los representantes de los consejos de trabajadores y soldados de Alemania donde, entre otras cosas, se reivindicaba que la autoridad suprema del ejército pasara a manos de los consejos de soldados y que se suprimieran los rangos y las insignias. La gran victoria de Friedrich Ebert fue lograr que el congreso de los consejos aceptara la inmediata elección de unas cortes constituyentes, que permitieron asentar un gobierno de orden y desvanecer las amenazas de una vía revolucionaria.

Mientras tanto, los *Freikorps*, cuerpos paramilitares de voluntarios reclutados por los jefes del ejército, integrados por soldados desmovilizados, estudiantes y campesinos, dirigidos por tenientes y capitanes, y que actuaban con el apoyo del ministro de Defensa, el socialista Gustav Noske, realizaban el trabajo sucio de liquidar la revolución. Comenzaron reprimiendo a sangre y fuego un prematuro intento de revuelta que tuvo lugar en Berlín el 5 de enero de 1919, y que acabó con los asesinatos de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, y siguieron después disolviendo violentamente los consejos de trabajadores y soldados, y liquidando la República Soviética de Baviera. No suele destacarse lo suficiente la importancia que tuvo este movimiento contrarrevolucionario que se extendió por Alemania, Austria, Hungría y los países bálticos, con la estrecha colaboración de unos dirigentes políticos movidos por un terror obsesivo hacia la Revolución rusa. Quizá

ayude a valorarlo apuntar que estos cuerpos paramilitares llegaron a contar entre 250.000 y 400.000 miembros.

La revolución quedó así aislada a Rusia, lo cual no preocupaba en exceso. Ingleses y franceses se cansaron pronto de proporcionar apoyo a los ejércitos blancos que luchaban contra los soviéticos, y abandonaron la ayuda, preocupados por reacciones como la revuelta de los marineros de la flota que los franceses habían enviado al mar Negro. Lo que realmente les preocupaba era la posibilidad de que el ejemplo soviético se extendiera a sus países: temían sobre todo el contagio.

El malestar en los años que siguieron al término de la Gran Guerra en Francia, Inglaterra (donde en 1926 se produjo la primera huelga general de su historia), España (donde entre 1918 y 1921 se desarrolló lo que habitualmente se ha denominado el "trienio bolchevique") o Italia (con las ocupaciones de fábricas en 1920), no condujo en ninguna parte a movimientos revolucionarios que aspirasen a tomar el poder. En Italia, por ejemplo, tanto el Partido Socialista como el sindicato mayoritario se negaron a apoyar actuaciones encaminadas a la toma del poder. De manera que la ocupación de fábricas no desembocó más allá de la obtención de algunas concesiones de los patronos. Pero el temor a la revolución "a la rusa" estuvo bien presente en el imaginario de los dirigentes de la Europa burguesa, y los sindicatos aprendieron muy pronto a utilizar este temor para negociar con más eficacia las condiciones de trabajo y los salarios.

Las mejoras en el terreno de la desigualdad que fueron lográndose posteriormente, desde la década de los años 30, no se explicarían sin el pánico al fantasma soviético. Cuando la crisis mundial creó una situación de paro y pobreza extrema, se recurrió a dos tipos distintos de soluciones. En los países donde la amenaza parecía mayor, como Italia y Alemania, los movimientos de signo fascista empezaron disolviendo los partidos y sindicatos izquierdistas violentamente.

En el caso de Alemania, en 1934 Hitler repitió el pacto que Ebert había establecido con el ejército en noviembre de 1918. Frente a la amenaza que representaban las tropas de las S.A., que deseaban sacar adelante las promesas revolucionarias de los programas nazis, los militares avisaron a Hitler que o bien frenaba a las S.A. o lo haría el ejército por su cuenta. Los militares colaboraron entregando armas a las S.S. para el exterminio de las S.A. que se produjo a partir de la noche de los "cuchillos largos", el 30 de junio de 1934. Pero quizá lo más interesante sea la justificación que dio Hitler a su actuación en este asunto, diciendo que quiso evitar que volviera a producirse en Alemania otro nuevo 1918.

Otro caso en que las consecuencias de la crisis fueron de una gravedad extrema, como en Estados Unidos, la solución consistió en establecer una política de ayudas y concesiones en el ámbito social, dentro del programa del *New Deal*. Suele ignorarse que los años que van de 1931 a 1939 en Estados Unidos fue un período de grandes huelgas y graves

conmociones sociales. Con motivo de una de estas huelgas, *Los Angeles Times* escribía: "La situación [...] no puede describirse como una huelga general. Lo que hay es una insurrección, una revuelta organizada por los comunistas para derribar al gobierno. Sólo cabe esto: aplastar la revuelta con toda la fuerza que sea necesaria."

Al margen de estas luchas, para defenderse de la crisis los trabajadores norteamericanos utilizaron también medidas de autoorganización: en Seattle, el sindicato de los pescadores intercambiaba pescado por frutas, verduras y leña. Había 21 locales para realizar estos intercambios, con un comisario al frente. A finales de 1932 había 330 organizaciones diversas de autoayuda por todo el país, con 300.000 miembros.

Sin este contexto de luchas sociales no es posible encontrar una explicación razonable del *New Deal* y de sus medidas de ayuda, como la Civil Works Administration, que llegó a proporcionar ocupación a cuatro millones de trabajadores, o el *Civilian Conservation Corps*, que contrató a jóvenes solteros para trabajar en los bosques pagándoles un salario de un dólar al día por tareas de recuperación o de protección contra las inundaciones. Todo ello se llevó a cabo bajo la vigilancia inquieta de los empresarios, que veían por todas partes la amenaza del socialismo. En realidad, el temor por la especie de giro a la izquierda que según ellos se estaba produciendo con Roosevelt, generó una fuerte reacción que es lo que explica que en 1938 se fundara el Comité del Congreso sobre Actividades Antiamericanas, con el objetivo de descubrir a subversivos en los sindicatos o entre las organizaciones del *New Deal*. El maccarthismo no es un producto de la guerra fría, sino la continuación del pánico contra los rojos surgido en los años 30.

Al término de la II Guerra Mundial en 1945, el temor a la expansión del comunismo en Europa parecía justificado por el hecho de que en los años 1945 y 1946 los comunistas obtuvieron más del 20 % de votos en Checoslovaquia, en Francia (donde fueron el partido más votado) y en Finlandia, y muy cerca del 20 % en Islandia o en Italia. No había en ninguno de estos casos ningún propósito revolucionario por parte de los comunistas, porque, paradójicamente, el propio Stalin se había convertido a la opción parlamentaria, y aconsejaba a los partidos comunistas europeos que no se embarcaran en aventuras revolucionarias.

La guerra fría tuvo como objetivo crear una solidaridad en que Estados Unidos ofrecía a sus aliados la protección contra el enemigo revolucionario, del cual sólo ellos podían salvarles con su superioridad militar, reforzada por el monopolio de la bomba atómica. Detrás de este ofrecimiento de protección se hallaba el propósito de construir un mundo de acuerdo con sus reglas, en el cual no solamente tendrían una hegemonía militar indiscutible, sino también el dominio económico.

Mantener este clima de temor a un choque global contra un enemigo, el soviético, que podía aplastar a cualquier país que no se hallara bajo la protección de los norteamerica-

nos y de sus fuerzas nucleares, era necesario para sostener el control político global, y de paso hacer negocio.

Sin embargo, al margen de todo ello, la necesidad de hacer frente a lo que realmente temían, que no eran las armas soviéticas, sino la posibilidad de que ideas y movimientos de carácter comunista se extendieran por los países "occidentales", les llevó a todos conjuntamente a recurrir a políticas que favorecieran un reparto más equitativo de los beneficios de la producción y a proveer de manera más amplia servicios sociales universales y gratuitos: son los años del Estado del bienestar, años en que hallamos los valores mínimos en la escala de la desigualdad social.

Ahora bien, a partir de 1968 empezó a verse que no había que temer ninguna clase de amenaza revolucionaria, porque ni siquiera los mismos partidos comunistas parecían dispuestos a ello. En el París del Mayo de 1968, en plena euforia del movimiento de los estudiantes, que estaban convencidos de que aliados con los trabajadores podrían transformar el mundo, el Partido Comunista y su sindicato impidieron cualquier posibilidad de alianza y se contentaron con pactar mejoras salariales con la patronal, y recomendaron a los estudiantes que se fueran a hacer la revolución a la universidad. Al mismo tiempo, los acontecimientos de Praga demostraron que el comunismo soviético no aspiraba a otra cosa que a mantenerse a la defensiva, sin tolerar cambios que pusieran en peligro su estabilidad.

A mediados de los años 70, a medida que resultaba cada vez más evidente que la amenaza soviética era inconsistente, los sectores empresariales, que hasta entonces había aceptado pagar la factura de unos costes salariales y unos impuestos elevados, empezaron a reaccionar. La ofensiva comenzó en la época de Carter, impidiendo la creación de una oficina de representación de los consumidores, por un lado, y abandonando a los sindicatos en la defensa de sus derechos, por otro, y prosiguió con Reagan en Estados Unidos y con la señora Thatcher en Gran Bretaña, que lucharon abiertamente contra los sindicatos. Como consecuencia de estas políticas comenzó de nuevo el crecimiento de la curva de la desigualdad, alimentada por la rebaja gradual de los costes salariales y fiscales de las empresas.

¿Cabe considerar una simple coincidencia que la mejora de la igualdad se haya producido coetáneamente con la expansión de la amenaza comunista —o, más exactamente, del temor a la amenaza comunista—, y que el cambio que ha llevado al regreso de las graves proporciones de desigualdad que vivimos hoy día coincida con la desaparición de este factor?

Y permitidme que insista: no me refiero a la amenaza de la Unión Soviética como potencia militar, que nunca existió (las diferencias de potencial militar en favor de Estados Unidos eran enormes, pero esto se ocultaba al público, que por otra parte quizá no hubiese aceptado tan mansamente los gastos y las restricciones que conllevó la guerra fría). Me

refiero a la amenaza —por decirlo con los términos empleados para reafirmar esos temores— del "comunismo internacional", el miedo a la subversión revolucionaria.

Cito un testimonio de extraña lucidez que, muy pronto, ya en 1920, supo ver por dónde podían discurrir las cosas. Es el testimonio de Karl Kraus, que escribió: "Que el diablo se lleve la praxis del comunismo, pero, en cambio, que Dios nos lo conserve en su condición de amenaza constante sobre las cabezas de quienes poseen la riqueza; quienes, por tal de conservarla, envían de manera implacable a los demás a los frentes del hambre y del honor de la patria, mientras pretenden consolarles diciendo y repitiendo que la riqueza no es lo más importante en esta vida. Dios nos conserve para siempre el comunismo para que esa chusma no se torne aún más desvergonzada [...] y que, por lo menos, cuando se vayan a dormir tengan pesadillas."

Y es que buena parte de lo que denominamos progresos sociales, desde la Revolución francesa hasta hoy, está estrechamente asociado a las pesadillas de las clases acomodadas, obligadas a realizar concesiones como consecuencia del temor a perderlo todo a manos de los bárbaros. La abolición de la esclavitud, por ejemplo, no se explicaría sin el pánico que produjo la matanza de colonos en Haití durante la revolución de 1791. Que resulte que en la actualidad haya en el mundo más esclavos que en 1791 (la cifra actual de trabajadores forzosos se calcula que oscila entre los 13 y los 27 millones) obliga a realizar algunas reflexiones respecto al significado de lo que en los libros de historia denominan abolición de la esclavitud.

Nada comparable, sin embargo, con el pánico que provocó desde su inicio la Revolución rusa, y que se ha mantenido de manera persistente tanto en el ámbito de la propaganda política como en el de la historia. Todavía hoy los hechos de Ucrania son aprovechados para reactivar la misma historia de la amenaza al mundo libre. En un artículo de una revista erudita de historia de la guerra fría donde se estudia las organizaciones *stay-behind*, que Estados Unidos y Gran Bretaña montaron en Europa para oponerse a un posible ascenso comunista —la más conocida de las cuales es Gladio, que preparaba una respuesta violenta en Italia si los comunistas ganaban las elecciones—, el autor trata de justificar que tales organizaciones sigan incluso tras la desaparición de la Unión Soviética, y argumenta que, con la agresión rusa actual a Ucrania, tiene lógica mantener "algunos de los mismos elementos de seguridad" de la guerra fría. Es decir, que el anticomunismo perdura incluso después de la muerte del comunismo.

Nos hemos alimentado de la historia criminal del comunismo, la cual se nos sigue repitiendo todos los días, y nos ha faltado en cambio conocer paralelamente la historia criminal del capitalismo, que permita situar las cosas en un contexto más equilibrado. El estudio de la Revolución rusa, como veis, es necesario para entender la historia del siglo XX, y la situación a que esta historia nos ha conducido.

Sin embargo, hay otras razones que hacen necesario este estudio, a las cuales me referiré brevemente porque el tiempo no da para más. Una de las más importantes es averiguar por qué el proyecto social de 1917 acabó fracasando. Y no me refiero al hundimiento final de la estructura política de la Unión Soviética después de 1989, sino a la incapacidad para construir aquel modelo de una sociedad libre y sin clases que había sido planteado en los inicios de la revolución.

Es un tema que nos obligará a revisar toda una serie de cuestiones, empezando por la crisis de marzo de 1921, cuando se celebró el décimo congreso del Partido Comunista mientras los trabajadores de Petrogrado se declaraban en huelga, con el apoyo de los marineros de la base de Kronstadt, y no solamente por razones económicas, sino en demanda de más derechos de participación y de nuevas elecciones en los soviets, los cuales en el transcurso de la guerra civil se habían convertido en una simple cadena de transmisión de las órdenes dadas desde arriba por unos mandos que no habían sido elegidos.

Habrá que explorar después qué significó realmente el programa de la planificación tal como fue elaborado hasta 1928 por quienes trabajaban en el Gosplan, y la forma en que su proyecto fue pervertido por Stalin, que lo convirtió en un instrumento para un proyecto de industrialización forzosa, el cual había de ir acompañado de una política de terror encaminada a someter a amplias capas de la población a unas condiciones de trabajo y de explotación inhumanas.

O habrá que investigar las razones del fracaso del proyecto de las democracias populares en 1945, al cual se refirió Manfred Kossok, que lo vivió, evocando "aquellos años de las grandes esperanzas, de las visiones, de las utopías (el fin del imperialismo en 10 o 20 años, la liberación de todos los pueblos, bienestar universal, paz eterna), unos años de ilusiones heroicas: el socialismo real como el mejor de los mundos". Un proyecto del cual decía Edward Thompson: "este fue un momento auténtico, y no creo que la degeneración que siguió, en la que hubo dos actores, el estalinismo y Occidente, fuera inevitable. Pienso que debemos volver a ocuparnos de ello y explicar que este momento existió". Debemos, efectivamente, estudiar todos estos momentos diversos en que las cosas pudieron ser distintas.

Hay un aspecto central de esta cuestión que habría que examinar con detenimiento. ¿Tenía viabilidad el proyecto de Lenin de crear una sociedad sin clases, que implicaba la abolición no sólo del aparato del Estado sino del trabajo asalariado? No hace mucho Richard Wolff, profesor emérito de Economía de la Universidad de Massachusetts, repasaba diversos momentos de la historia de las revoluciones (la abolición de la esclavitud, el fin del feudalismo, la revolución socialista de 1917) y mostraba que cada una de ellas aportó beneficios y libertades, pero todas acabaron dejando la puerta abierta a nuevas formas de explotación (en el caso de 1917, la de un capitalismo de Estado), porque no

supieron entender que la única forma de abolir la explotación es acabar con la extracción de los excedentes del trabajo de manos de quienes lo producen.

Según Wolff, esto se consigue con formas de organización cooperativas, y apunta a un movimiento muy interesante de formación de pequeñas cooperativas que se desarrolla actualmente en Estados Unidos. Pero olvida un aspecto que Lenin tenía muy en cuenta: para abolir la explotación, lo primero que se necesita es desposeer del poder político a quienes resultarían perjudicados con tal cambio. Podría servir de ejemplo lo ocurrido en Mondragón, que muchos, incluido el propio Wolff, presentaban como modelo de alternativa. Uno puede hacer lo que quiera montando cooperativas, grandes o pequeñas, pero nada cambiará mientras haya en Madrid un Montoro que tiene a su disposición todo el poder del Estado para modificar las reglas como le convenga.

Otra propuesta que sería interesante considerar, pero de la que todavía conocemos muy poco, es la de Abdullah Öcalan, dirigente del PKK kurdo, encarcelado por los turcos desde 1999, que hace unos años propuso la fórmula del confederalismo democrático, el cual consiste en reemplazar los Estados-nación por un sistema de asambleas o consejos locales que generen autonomía sin crear el aparato de un Estado. Hoy este proyecto tiene una plasmación en Rojava, la zona al norte de Siria donde se ha instalado lo que un reportaje de la BBC califica como "un mini Estado igualitario, multiétnico (porque incluye en pie de igualdad a kurdos, árabes y cristianos), gobernado comunitariamente". Son precisamente quienes están combatiendo para reconquistar la ciudad de Kobane. Os recomiendo que veáis este documental de la BBC (podéis encontrarlo en YouTube con el título *Rojava: Syria's secret revolution*).

¿Por qué hablo de estas cosas que parecen muy alejadas del estudio de la Revolución de 1917? Antes he dicho que era necesario estudiarla para entender nuestra propia historia; pero es evidente que este estudio no lo veo como un puro ejercicio intelectual sin finalidades prácticas. La utilidad que pudiera tener, que debería tener, es la de ayudarnos a rescatar de aquellos proyectos que no triunfaron —por errores internos y por la hostilidad de todas las fuerzas que se opusieron a los avances sociales que promovían— aquello que todavía pueda servirnos para la tarea de construir una sociedad más libre y más igualitaria. Porque me parece indiscutible que el propósito que movió a los hombres de 1917 era legítimo. Como dijo Paul Éluard: "Había que creer, había / que creer que el hombre tiene el poder / de ser libre y ser mejor que el destino que le ha sido asignado." Y pienso que hoy debemos seguir creyéndolo.

Fuente original:

"Per què ens convé estudiar la Revolució russa?"

<https://centenarirevoluciorussa.wordpress.com/2015/02/28/per-que-ens-conve-estudiar-la-revolucio-russa-text-de-josep-fontana/>